

Así, pues, el conjunto del proceso histórico halla en el plano de la conciencia individual su materia propia, y en el designio de los hombres su profunda raíz. Determinar hasta qué punto puede hablarse de «necesidad histórica», determinar—dentro del supuesto providencialista—de qué manera es el hombre agente libre de un designio providencial, y determinar asimismo en qué medida pueden valorarse las presiones ejercidas sobre la libertad humana por el contorno cósmico o el medio social, son problemas a resolver dentro de un mayor detalle en una teoría voluntarista de la Historia, como es también problema aparte el de explicar el despliegue histórico y ordenar el contenido de los tiempos pasados.

Lo esencial—hoy por hoy—es alzar de nuevo la afirmación de que, en definitiva, sólo el hombre hace la Historia, de que el mundo histórico es radicalmente opuesto al mundo físico, sobre todo en el sentido de que no existe allí género alguno de forzosidad, de que la Historia está regida por la libertad íntima del hombre, expresión de su espíritu y de su voluntad.

Sólo esta concepción puede dar nobleza a un sistema de la Historia. En la persona humana radican excelsos valores, y así lo han visto con claridad las más elevadas concepciones morales de todos los tiempos: la filosofía clásica y el cristianismo. No basta con aceptar que el hombre individual, en cuanto ser espiritual y libre, es la materia de que se hace la Historia, la masa moldeada por los acontecimientos. No consiste en eso la «historicidad» del hombre, sino en afirmar que su voluntad, su pasión, su iniciativa, constituyen la trama misma del complejo histórico, la red causal subyacente en la evolución. Entendida de esta manera la Historia, aceptado el papel determinante de la voluntad humana, podremos hablar

